

2110

LA ARGENTINA DEL TERCER CENTENARIO



Colección Biblioteca Popular del BICENTENARIO

conabip

Comisión Nacional de Bibliotecas Populares



Secretaría de Cultura
Presidencia de la Nación



200 AÑOS
BICENTENARIO
ARGENTINO

Autoridades

Presidenta de la Nación

Dra. Cristina Fernández de Kirchner

Secretario de Cultura de la Nación

Jorge Coscia

Comisión Nacional de Bibliotecas Populares

Presidenta

Lic. María del Carmen Bianchi

Secretario

Lic. Martín Cáneva

Vocales

Ángela Signes

Gladys del Carmen Cisterna

Sonia Annabel González

Comisión Nacional de Bibliotecas Populares

Ayacucho 1578 (C1112AAB) Ciudad Autónoma de Buenos Aires

4511-6275 | 4511-6276 | 0-800-444-0068 | www.conabip.gob.ar

★ 2110 ★
LA
ARGENTINA
DEL
TERCER
CENTENARIO



Colección Biblioteca Popular
del BICENTENARIO

conabip
Comisión Nacional de Bibliotecas Populares



Secretaría de
Cultura
Presidencia de la Nación



200 AÑOS
BICENTENARIO
ARGENTINO

2110 : la Argentina del Tercer Centenario / con prólogo de Ricardo Piglia. - 1ra ed. -
Buenos Aires : Comisión Nacional de Bibliotecas Populares, 2010.
168 p. ; 28x20 cm. - (Biblioteca Popular. Bicentenario)

ISBN 978-987-1696-05-5

1. Narrativa Argentina. 2. Cuentos. I. Piglia, Ricardo, prolog.
CDD A863

Libro de distribución gratuita

Coordinación general:

María Julia Magistratti

Coordinación editorial:

Esteban Gutiérrez

Diseño y diagramación:

Laura Rovito

Ilustraciones:

Pablo Bernasconi

Colaboraron especialmente con esta edición:

María Laura Ferrá, Mayte Gualdoni, Silvana Lánchez, Paola Toriano, Lorena Vega, Alejandra Mendé, Jorge Ribelli, Agustín Moretti, Giselle Furlong, Cecilia Vaillant, Fernando Pérez, Ignacio Riccardi, Adriana Hidalgo Editora y Fundación El Libro.

Obra Registrada en la Dirección Nacional
de Derechos de Autor Ley 11.723

ISBN: 978-987-1696-05-5

Impreso en Argentina. Printed in Argentina.

Índice

Presentación	7
Prólogo de Ricardo Piglia	11
2110: la Argentina del Tercer Centenario	
Jorge Accame / <i>Lombok</i>	23
Ariel Bermani / <i>Nombres de Calles</i>	29
Oliverio Coelho / <i>El traidor</i>	33
Marcelo Cohen / <i>Fanni, Myra y el sociólogo</i>	41
Pablo De Santis / <i>El intercesor</i>	47
Jorge Di Paola / <i>El arte del espectáculo</i>	53
Juan Forn / <i>Así</i>	61
Elvio E. Gandolfo / <i>Pegando la vuelta</i>	65
Angélica Gorodischer / <i>Un domingo de verano</i>	71
Daniel Guebel / <i>El sentido de la patria</i>	79
Luis Gusmán / <i>Los bomberitos</i>	85
Juan Diego Incardona / <i>Viaje al fin del conurbano</i>	93
Federico Jeanmaire / <i>San Carlos</i>	99
Martín Kohan / <i>Argirópolis</i>	105
Alberto Laiseca / <i>Argentina: tercer centenario</i>	111
Guillermo Martínez / <i>Infierno grande</i>	117
María Moreno / <i>El parto</i>	125
Sergio Olguín / <i>Pasko y Julietta</i>	135
Claudia Piñeiro / <i>La trescientos noventa</i>	143
Federico Romani / <i>Fases del invierno</i>	153
Sara Rosenberg / <i>Garúa</i>	163



En el momento en que me saque la capucha soy hombre muerto. Esa es la clave: no sacarme la capucha. No hay mucho más que yo pueda hacer. Si los viera, estos tipos se pondrían nerviosos y serían más peligrosos todavía. Supondrían que podría reconocerlos, recordar sus caras, describirlos. El día que me saque la capucha soy hombre muerto, lo sé.

Estoy en manos de otros: de los que me tienen acá y de los que deberán juntar el dinero para que me liberen. Mónica, por ejemplo, estoy en manos de mi mujer. Estar en manos de ella no me deja tranquilo: Mónica también es peligrosa cuando se pone nerviosa. En otro sentido, pero peligrosa, torpe. No sacarme la capucha. Lo advierten los noticieros, los spots publicitarios, los comunicados. Y es lógico. Si quien secuestra es reconocido por el secuestrado, el secuestrado termina muerto. Lógico, yo también lo mataría. Si fuera secuestrador lo mataría. Soy contador público nacional. El pensamiento lógico matemático me importa más que la verdad. Viendo me condenaría. Las voces son otra cosa. Uno puede simular no reconocer a alguien aunque sepa de quién es esa voz. Yo podría, lo hice tantas veces. Lo hago cuando llaman por teléfono a Mónica. Siempre la misma voz. Puedo fingir ante esa voz, pero no me siento capaz de ocultar la sorpresa ante una cara. No ante la cara de quien me trajo aquí-¿dónde?-, de quien me tiene encerrado y me alimenta dos veces al día a través del hueco que deja el pedazo de madera que le quitan a la puerta por donde pasan el plato con comida y el vaso con agua. Miraría esa cara y si la reconociera, él lo sabría. Entonces ese hombre tendría miedo de mí y yo de él, y eso no sería bueno para ninguno de los dos.

Vasos.

Antes de tirarme acá adentro me soltaron la cuerda con la que habían atado mis manos, pero no me quitaron la capucha, y no voy a ser yo quien me la quite. ¿Por qué soltarme las manos y no sacarme la capucha?, me pregunto. No tiene lógica. O sí, tal vez lo que esperan es que me la quite yo. Si me quito la capucha y los veo, les doy la excusa para que aprieten el gatillo. Yo no soy secuestrador, soy contador público. No quiero excusas.

Los vasos con orín.

Los vasos.

Vasos.

La capucha es de arpillera y tiene tierra, sospecho que la hicieron con una bolsa de papas. Al principio la tierra se me metía por los agujeros de la nariz y me hacía estornudar. Ya no. Pero la tierra no es el asunto, si yo fuera lo que son ellos, ¿qué son ellos?, usaría otra tela, una tela de trama cerrada que no me permitiera ver nada. La arpillera deja ver la luz y la sombra. La arpillera dejaría ver el movimiento si algo o alguien se moviera frente a mí; pero el único movimiento que percibí hasta ahora es el que hacen el trozo de madera que le quitan a la puerta, y el plato y el vaso que entran. Dos veces al día. Hace cuatro días que me tienen encerrado. Cuatro días y medio; sé que son cuatro días y medio porque ya tengo nueve vasos de plástico adentro de esta pieza donde me tienen. Los cuento para no perder la noción del tiempo. Los ordeno en hilera a medida que van llegando y después los cuento a través de la trama de la arpillera. El primero y el segundo corresponden al primer día, el tercero y el cuarto al segundo, y así sucesivamente. Hay nueve vasos, pasaron cuatro días y medio. Así sé si es día o noche: impar es día, par es noche. Es fácil, y para colmo tengo facilidad para los números. Los números pertenecen al mundo lógico. Ellos, los que me tiene acá, ¿quiénes?, quieren que pierda la noción del tiempo, para debilitarme. ¿Quiénes son? ¿Tienen poder? ¿Saben lo que hacen? Es una estrategia que usan con los prisioneros de guerra, lo vi en una película. No saber en qué día uno vive te hace débil, es lógico. En los vasos orino. No saber en qué se te fueron las horas, también te hace débil. Yo, por deformación profesional, anoto. Soy contador. Trabajo en un estudio de auditoría desde que me recibí, un estudio internacional, empecé como asistente y hoy soy un gerente a punto de ser ascendido a socio. Y cuando sea socio se acabaron los problemas económicos. Porque aunque todos crean que en un estudio multinacional como en el que trabajo ganás mucha plata, eso no es así durante varios años: ganás plata sí, pero la plata grande, la que hace la diferencia, viene después, cuando llegás a la punta de la pirámide. Antes de eso, el sueldo que recibís no paga el tiempo y esfuerzo que le dedicás a tu trabajo. Ni las veces que agachás la cabeza, ni las que dejás que te metan un dedo en el culo. Es paradójico, antes de ascenderte a socio te hacen un chequeo médico muy completo que incluye tacto rectal, para descartar cáncer de colon, y entonces la metáfora del dedo en el culo se hace realidad. El sueldo hasta entonces no paga nada de todo eso, lo paga la expectativa de llegar al máximo escalón posible. Después de algunos años uno ya sabe qué tiene que hacer para llegar, y si está dispuesto a hacerlo, llega. No hay mucho misterio, la estructura piramidal del estudio donde trabajo está copiada del ejército. Subordinación y valor, podría ser perfectamente el lema de nuestra compañía, aunque es otro. Pero es secreto, no me dejan decirlo.

Vasos.

Los ordeno en hilera.

En el estudio para saber a qué aplicamos cada una de nuestras horas completamos quincenalmente una planilla que llamamos *time schedule*. Por cada hora de cada día tenemos que indicar a qué cuenta debe facturarse la tarifa, el precio de nuestro trabajo. Por ejemplo, día lunes dos horas al banco tal, una hora a la petrolera equis equis, una hora y media al grupo empresario como se llame, dos horas a “capacitación” si es que uno puede justificar algún curso o conferencia. Eso suma, seis horas y media, por lo tanto no suma y estamos ante un problema porque para las ocho horas laborables, que es lo mínimo, falta una hora y media. Si el tiempo no tiene asignación específica se lo debe cargar a la cuenta “trescientos noventa”. “Trecientos ochenta” es “capacitación”, las cuentas que empiezan con cuatrocientos corresponden a bancos, las que empiezan con quinientos a grandes clientes, y las que empiezan con doscientos a clientes pequeños. Nadie sabe exactamente qué quiere decir “trescientos noventa”, no es un nombre oculto pero como siempre la llamamos así, por el número, olvidamos hace mucho su nombre. Seguramente será “tiempo no cargable”, o “tiempo libre”, o “tiempo sin asignación específica”. Sin embargo, por más que hayamos olvidado cómo se llame, cuando uno dice “trescientos noventa” todos sabemos de qué estamos hablando. Un número puede nombrar tanto como una palabra. En el *time schedule* tratamos de asignarle a la trescientos noventa el menor tiempo posible porque ese tiempo no está bien visto. Cada quince días encontrás en los pasillos gente, profesionales universitarios, la mayoría con algún máster en el exterior, preguntando: ¿vos cuánto cargaste a la trescientos noventa? Parece tonto, pero algún sentido somos más conscientes de lo que el tiempo vale que cualquier otra persona. Porque nuestro tiempo tiene un precio para los otros, los otros pagan por él. El que carga mucho a la trescientos noventa no es un buen empleado. No sacarme la capucha. En el estudio vendemos eso: horas. Y alguien nos compra eso: horas. Horas. Vasos. Y yo soy bueno vendiendo horas.

Cuento los vasos con orín.

Lo otro me lo aguanto.

Esta pieza donde estoy encerrado, ¿está en el edificio donde trabajo?

Qué ironía, mañana será día de entrega de *time schedule* en el estudio, ¿mañana o pasado mañana?, todos estarán revisando sus agendas y trasladando al reporte números de cuentas, cantidad de horas, estarán sumando, preguntando: ¿cuánto cargaste a la trescientos noventa?, mintiendo, mientras yo, aquí donde estoy, ¿dónde?, no puedo determinar cuándo termina una hora y empieza otra. No puedo fraccionar el tiempo. Me sacaron el reloj, la alianza y el teléfono. Me soltaron las manos para

que me saque la capucha, pero no lo voy a hacer. El reloj y la alianza. Aunque tuviera aquí dentro la planilla de tiempos y un lápiz, no podría completarla.

Todavía sé qué día es, estoy seguro: es martes, porque fue el jueves cuando me cruzaron el auto. Esa noche no me dieron de comer ni me trajeron agua. Los jueves después del trabajo juego tenis con unos amigos. Amigos del trabajo. Llevaba raqueta para estrenar, una raqueta que me salió una fortuna. Se deben haber sorprendido, en diez años nunca los dejé plantados. Me deben haber puteado. Y cuando se enteraron de lo que me pasó seguro se sintieron mal, hasta culpables: si se hubieran preocupado a tiempo a lo mejor la policía podría haber hecho algo, rastrear el chip de mi auto, por ejemplo. Supongo, no soy secuestrador ni policía, soy contador público. Pero ya tienen que saber. Mónica los tiene que haber llamado cuando no aparecí a dormir. Ella sabe que mis amenazas de dejarla no pasan de eso: amenazas. ¿Por qué se pone mal cuando le digo que la voy a dejar si los dos sabemos que tiene un amante? Si los dos sabemos quién es su amante. Si su amante sabe que yo sé. Si conozco su voz, y él la mía. No sacarme la capucha. Una voz. No puedo ocultar la sorpresa ante una cara, pero sí ante una voz. No sacarme la capucha. Yo no soy secuestrador. Pero entiendo, aplico la lógica y entiendo.

Orín.

Prefiero no pensar en Mónica. Me pone nervioso imaginármela tratando de juntar la plata para el rescate. Si hubiera sido al revés, si la hubieran secuestrado a ella, yo a esta altura ya tendría la plata en una valija y estaría esperando el llamado de los captores para que me digan dónde entregarla. Pero Mónica se ahoga en un vaso de agua. Vaso. Y no se maneja bien con el dinero. Debe haber llamado a mi hermano, por respetar un lazo familiar que en la realidad no existe; además mi hermano no es la persona indicada para resolver un asunto como éste. Yo si fuera ella llamaría a Juan. No es mi mejor amigo pero es el que mejor resuelve cualquier asunto, por algo es el socio a cargo del estudio a pesar de que tiene mi edad y entró a trabajar después que yo. Yo debería haber sido socio antes que él. Pero Juan le ha chupado el culo a cuanto socio tuvo arriba suyo. Son estilos. Lo que no puede negarse es que sabe mejor que nadie cómo manejar una crisis, y esto es una crisis. Mónica sola no va a poder.

Cuento los vasos.

Fracciono el tiempo en vasos.

Lo otro me lo aguanto.

¿Y si me secuestró Juan? Para qué, si él ya llegó.

Uno dos, tres cuatro, cinco seis, siete ocho, diez. ¿Cuándo entró el décimo vaso? ¿Cuándo comí lo que trajeron con él? ¿O conté mal? Yo sé contar. Soy contador, no soy secuestrador. Ni policía. Soy uno más, uno que hizo algo de plata, con un buen laburo, tengo mi casa, mi auto, esta oficina. Yo no soy responsable de lo que los demás no tengan. Recién pude comprarme el auto que siempre quise cuando me nombraron gerente. Antes de eso gastábamos para vivir todo lo que yo ganaba. Y más también. Cagar más alto que el culo, lo llamaba mi viejo; él no se habría atrevido, cultura de familia de inmigrantes, de ahorro, de morir tan pobre como viviste y dejar lo que puedas a los que vienen detrás de vos. Yo no tengo nadie detrás de mí. Mónica y yo no quisimos tener hijos. Una decisión acertada. Si el mundo está cada vez peor.

Yo creo que me eligieron por el auto. Mónica me va a decir: te lo dije. Ella no quería que lo comprara, quería que eligiera uno que llamara menos la atención. Lo blindé y le polaricé los vidrios para que se quedara más tranquila, aunque Mónica nunca va a poder quedarse tranquila. Justamente por lo del polarizado es que creo que me eligieron al voleo, porque atrás de los cristales oscuros no pudieron saber quién iba. Uno ve, pero no lo ven. Aunque tampoco uno ve exactamente cómo es la realidad a través de esos vidrios. Se ve como detrás de lentes de sol, algo más oscuro, como en sombras. No se ve el día que es, ni el que fue, ni el que va a ser. Siempre se ve otro día.

Uno dos, uno; tres cuatro, dos; cinco seis, tres; siete ocho, cuatro; nueve, medio día más. ¿Cuándo apareció el décimo vaso?

Entonces ya es de noche.

Once, doce: quieren confundirme.

Trece.

Soñé que mi auto en lugar de vidrios polarizados tenía las ventanillas y los parabrisas tapados con arpillera. ¿Dónde estará mi auto? ¿Ya lo habrá encontrado la policía? Yo no soy policía. ¿Yo no soy policía? Soy secuestrador. Si yo fuera secuestrador. No sé para qué la gente va a un psicólogo a que le explique los sueños si el significado está tan claro. No creo en los psicólogos. El psicoanálisis murió con el siglo XX. Algunos cobran la hora más guita que el más caro de nuestros socios. Una vergüenza. ¿Por qué me eligieron? Tengo plata, eso es cierto, pero como tantos otros, y además de plata qué tengo, nada especial. Tiene que haber sido al voleo. No debían saber ni siquiera si quien conducía era un hombre o una mujer antes de obligarme a abrir la puerta. Menos mal que no soy mujer. Yo no soy mujer. Aunque si fuera mujer a esta altura estaría libre porque del otro lado habría un hombre que ya habría juntado la plata del rescate. En ese sentido preferiría estar en las manos de un hombre. Las mujeres no

se llevan bien con la plata. Pero ser mujer y estar acá dentro supone otras desventajas: no poder orinar en el vaso con tanta precisión, por ejemplo. Yo orino en los vasos. Tendría que agacharse y tratar de embocarla, o decidirse a orinar en el piso. Una mujer no embocaría y no podría evitar que esto se llene de olor pestilente. Yo puedo. Yo controlo el olor. Yo meo en los vasos. Yo soy hombre. Y una mujer, además, tendría más miedo. Mónica tendría miedo de que la violaran, es tan dramática, tan de esperar siempre lo peor.

Meo en los vasos. Ordeno los vasos. Cuento los vasos.

Quince.

No soy contador público. Soy médico y policía. No, psicólogo, no.

Mónica.

¿Y si me secuestró Mónica?

¿Y si me secuestraron Mónica y su amante?

Orín. Policía. Capucha.

Mierda.

Una capucha llena de mierda.

Vasos.

Estuve secuestrado, Mónica, callate la boca.

Tienen que haber pedido por mí más de cincuenta mil dólares, porque si la cifra fuera menor, entre lo que tenemos en el banco y en casa, y algo que Mónica le podría pedir a mi hermano o a Juan, ya tendría que haber juntado la plata. O a su amante. Qué ironía que su amante pague por mí. Si piden más de cincuenta mil, Mónica tendrá que traer el dinero de la cuenta que tenemos afuera. Para ser más exactos deberá pedirle a alguien que le ayude a traerlo porque ella no tiene ni idea de cómo hacer ese trámite. El dinero lo manejé siempre yo, es nuestro ahorro a futuro, lo que no queremos tocar ni que nos toquen. A Mónica le llevará más tiempo todo, soy consciente de eso, así que no espero que la cosa se resuelva en los tiempos en que yo la resolvería. Mónica no es como yo. Yo no soy Mónica. ¿Pero en cuánto tiempo? Mierda. ¿Y si no fue al voleo y pidieron más? ¿Cien mil? ¿Doscientos? ¿Cuánto dinero cuesta tener a un tipo secuestrado durante quince vasos? ¿Cuánto habrá cargado Juan a la trescientos noventa?

No sacarme la capucha.

No soy policía. ¿Soy policía?

Me secuestró Mónica.

Soy secuestrador profesional.

Meo en hilera.

Yo tendría que haber secuestrado a Juan, antes de que lo nombraran socio.

Cuando compré el auto tuve que traer algo de plata, y tardó dos días en acreditarse en la cuenta de la concesionaria, bastante rápido teniendo en cuenta la triangulación que había que hacer, el tema del blanco y el negro. Pero acá la cosa va a ser distinta porque no sirve mover números en cuentas bancarias, acá hay que conseguir los billetes. Mónica en estado de shock tardará un día en encontrar el teléfono de mi asesor financiero, y si se tomó un día la agarró el fin de semana. La orden de débito a la cuenta puede tomar otro día, el reenvío al país otro, y además hay que sumar las diferencias horarias, porque la orden puede salir de acá en horario bancario y llegar al banco *off shore* fuera de horario. El tiempo financiero a veces te juega en contra. Hoy todo en el mundo resulta más veloz, pero el tiempo financiero es sagrado. Cuando acá empieza el día en Japón está terminando. Cuatro días, antes de cuatro días no pueden llegar los billetes. Para mañana habrá diecisiete vasos en hilera delante de mí. ¿O ya hay veinte? Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis... Catorce, quince. Dieciocho, diecinueve, veinte. Si los billetes no llegan antes del vaso número diecisiete, no llegan hasta el próximo lunes. ¿Entonces hoy es lunes? No, por poco operativa que sea, Mónica no me puede dejar acá metido otro fin de semana más. Mónica no me va a dejar.

La mierda me la aguanto.

Diecisiete.

A lo mejor pidieron menos y antes de que entre el próximo vaso por el hueco de la puerta me liberan. Han secuestrado gente por cinco mil dólares, hasta por menos. Depende quiénes sean ellos. ¿Quiénes son ellos? Meterse en este quilombo por menos me parece una locura, pero hay gente que no piensa con lógica. Yo no soy secuestrador. Si fuera secuestrador no encerraría a nadie por menos de cien mil dólares. Porque esto tiene un costo, y hay que repartir. Una locura, menos es una locura. Si fuera policía tampoco, soy contador. ¿Soy contador? Hay psicólogos que cobran más que el socio más caro del estudio. Me contaron, yo no creo en los psicólogos. Yo no creo en la policía. Soy policía. Yo no soy psicólogo. Debe ser interesante participar del proceso en el que definen el precio que van a pedir por uno. Oferta y demanda. Tiene que haber una relación entre lo que uno vale y el costo del secuestro. En definitiva, una banda de secuestradores es una empresa y le van las mismas reglas que a cualquier empresa. Llevo cargados diecinueve vasos a la trescientos noventa. Un auto nuevo. Una locura, pero es así.

No sacarme la capucha.

¿Cuánto puedo aguantar?

La mierda me retuerce.

Yo reconozco que el auto que tengo representa un valor desproporcionado dentro de mi patrimonio, pero si después de veinte años en el estudio no me puedo comprar el auto que quiero el sacrificio no valió la pena. Y el sacrificio tiene que valer la pena. Al menos eso.

Escucho pasos y una tos. La tos de alguien que fuma. Se abre el hueco en la puerta y la mano hace entrar un plato y un vaso con agua. ¿Conozco esa mano? ¿Es la mano de Mónica? ¿La de Juan? ¿La de mi hermano? Seis días. Veinte vasos.

Junto al vaso hay un sándwich. Prefiero un sándwich de lo que sea al guiso inmundo de esta mañana. ¿O el guiso fue ayer? Cuento los vasos para no perderme en el fraccionamiento del tiempo. Siete días. Veinte vasos. Me quieren confundir. ¿Cuántos días uno puede aguantarse la mierda adentro? ¿Cómo sé que estos sujetos no hacen entrar vasos en cualquier momento del día para que yo me confunda y piense que un día se completa cuando no es así? ¿Pueden ser tan hijos de puta? No quiero pensar en eso, prefiero confiar en algo, tener la certeza de que cada vez que se abre el hueco y una mano entra para dejar comida es porque pasó medio día. Confiar que no me sacaron también el tiempo. Que te saquen el reloj es una convención, no es el tiempo. Un vaso, medio día.

Me acerco al plato y tomo el sándwich.
El pan está húmedo, pero lo como y me duermo.
Me despierto.
No aguanto.
Lo otro.
Mierda, ¿cuántos días?
No aguanto.
Duermo, cierro los ojos y duermo.

Amanecí cagado. Soñé que estaba en el baño. El olor me persigue. Me quito el pantalón y lo dejo a un costado, cerca de la hilera de vasos para que un olor mate al otro. El calzoncillo también. Estoy desnudo, pero llevo la camisa y la capucha. Lo importante es no sacarse la capucha. ¿Y si este no fuera un secuestro más, un secuestro cualquiera? ¿Si esto fuera un secuestro planificado por alguien que me conoce y me quiere ver bien cagado, revolcado en mi mierda? ¿Si el precio de este secuestro no fuera sólo el dinero que piden por mí? Llegar a la punta de la pirámide. Amanecí untado en mierda. Hombre muerto. No sacarse la capucha. Lógica. Estoy desnudo, pero no me saco la capucha. Si yo fuera secuestrador mataría a quien se sacara la capucha. Soy secuestrador, soy policía, soy contador público nacional. Voy a pedir cincuenta mil dólares. No, ahora que se cagó un poco menos. Mónica ya debe haber juntado la plata, la debe estar llevando a alguna parte, a un descampado, a unas vías, a un tacho de basura. No hay tanto olor, el pantalón hecho un bollo ayuda a tapanlo. Una mosca. ¿Por qué una mosca puede entrar o salir de este lugar? ¿Por dónde? Señor secuestrador, mate esa mosca, esa mosca puede reconocerlo. Yo

mato esa mosca. Cagado vale menos, Mónica. Dieciséis vasos. En Japón ya es otro día. Yo no soy mujer. Veinte vasos. ¿Dónde estuviste entre el vaso dieciséis y el veinte, Mónica? La mosca se posa sobre mi pantalón. Yo soy policía, y soy secuestrador; puedo ser cualquiera de las dos cosas. Lavame el pantalón, Mónica, ¿no ves que está cagado? ¿Querés que te refriegue el pantalón por la cara? En quince mil arreglamos. Mear parado. Yo soy hombre y meo parado. Eso deme, quince mil, y le devuelvo a su mujer. Yo no soy mujer. Me importa más la lógica que la verdad. Yo no pago por Mónica. Yo no soy policía. Yo no secuestro. Robo tiempo. Robo en la trescientos noventa. Veintiocho vasos. Vasos llenos de orín. La mierda me la aguanto. La que cagó el pantalón es Mónica. Veintinueve, treinta vasos. Treinta mil, cuarenta mil, cincuenta mil. Yo no soy contador, soy policía. Necesito otro pantalón donde volver a cagar. No puedo cagar en la capucha, la mierda saldría por la trama de la arpillera. El orín en los vasos. Juan debe saber cómo. Juan es socio; no creo en los socios. Yo soy Juan. Veinticinco vasos. Estoy meando en un vaso que ya está lleno, el vaso se desborda, miro la esquina donde ordeno los vasos en hilera. Cago por segunda vez, en un rincón. ¿O ya es la tercera? Dos moscas. Veintiséis vasos. Cincuenta mil dólares. Una mano. Tos. Trescientos noventa. Tres moscas. Cuatro. Un vaso más. Ya no los cuento. Cincuenta mil dólares por el cagado, pero le hago un diez por ciento. Cuarenta mil por Mónica. Por Mónica no pago más de quince, doctor. Yo no soy Mónica. Un auto coupé puesto en la calle vale un veinte por ciento menos. ¿Dónde está mi raqueta nueva? Seis moscas. Vasos. Socios. Ocho moscas. Mónica. Arpillera. Horas. Orín. Japón. Capucha. Trescientos noventa, este tiempo se lo voy a cargar a la trescientos noventa.

Una tos. Un hueco. Una madera. Un plato.
Un vaso. Una mano. Una mosca. Una cara.
¿Habrá gente que vive sin saber que existe la trescientos noventa?
¿Será esa gente la que me secuestró?
Me saco la capucha.
Los espero.